

BOLETIN OFICIAL

DE MENORCA,

Del Miercoles 20 de Noviembre de 1833.

San Félix de Valois conf.

PARTE NO OFICIAL.

NADIE PASA SIN HABLAR AL PORTERO.

O LOS VIAJEROS EN VITORIA.

¿Por qué no ha de tener España su portero, cuando no hay easa medianamente grande que no tenga el suyo? En Francia eran antiguamente los Suizos los que se encargaban de esta comision: en España parece que la toman sobre sí algunos vizcainos. Y efectivamente, si nadie ha de pasar hasta hablar con el portero, ¿cuándo pasarán los de allende si se han de entender con un vizcaino? El hecho es, que desde Paris á Madrid no habia antes mas inconveniente que vencer que 365 leguas, las landas de Burdeos y el registro de la puerta de Fuencarral. Pero hete aquí que una mañana se levantan unos cuantos alaveses (Dios los perdone) con humor de discurrir, caen en la cuenta de que estan en la mitad del camino de Paris á Madrid, como si dijéramos estorbando, y hete que esclaman: *Pues qué, ¿no hay mas que venir y pasar? Nadie pase sin hablar al portero.* De entonces acá cada alavés de aquellos es un portero, y Vitoria es un cucurucho tumbado en medio del

camino de Francia: todo el que viene entra; pero hácia la parte de acá está el fondo del cucurucho, y fuerza es romperle para pasar.

Pero no ocupemos á nuestros lectores con inútiles digresiones. Amanecía en Vitoria y en Alava uno de los primeros dias del corriente, y amanecía poco mas ó menos como en los demas países del mundo; es decir, que se empezaba á ver claro, digámoslo así, por aquellas provincias, cuando una nubecilla de ligero polvo anunció en la carrera de Francia la precipitada carrera de algun carruaje procedente de la vecina nacion. Dos importantes viajeros, francés el uno, español el otro, envuelto este en su capa y aquel en su capote, venian dentro. El primero hacia castillos en España, y el segundo los hacia en el haire, porque venian echando cuentas acerca del dia y hora en que llegar debian á la villa de Madrid, leal y coronada (sea dicho con permiso del P. Vaca). Llegó el veloz carruaje á las puertas de Vitoria, y una voz estentórea, de estas que salen de un cuerpo bien nutrido, intimó la orden de detener á los ilusos viajeros.—¡Ola! ¡he! dijo la voz, nadie pase.—¡Nadie pase! repitió el español.—¿Son ladrones? dijo el francés.—No señor, repuso el español asomándose; son de la aduana. Pero ¿cual fue su admiracion cuando sacando la cabeza del empolvado carruaje, hechó la vista sobre un corpulento religioso, que era el que toda aquella bulla metia? Dudoso todavía el viajero, estendia la vista por el horizonte por ver si descubria alguno del resguardo; pero solo vió otro padre al lado y otro mas allá, y ciento mas, repartidos por aquí y allí como los árboles en un paseo.—¡Santo Dios! es-

clamó, ¡cochero! este hombre ha equivocado el camino; ¿nos ha traído usted al yermo ó á España? —Señor, dijo el cochero; si Alava está en España, en España debemos estar.—Vaya, poca conversacion, dijo el padre, cansado ya de admiraciones y asombros: conmigo es con quien se las ha de haber usted, señor viajero.—¡Con usted, padre! ¿y qué puede tener que mandarme su Reverencia. ¿Mire que yo vengo confesado desde Bayona, y de allá aquí maldito si tuvimos ocasion de pecar ni aun venialmente mi compañero y yo, como no sea pecado viajar por estas tierras.—Calle, dijo el padre, y mejor para su alma. En nombre del Padre y del Hijo... —¡Ay Dios mio! exclamó el viajero, erizados los cabellos, que han creído en este pueblo que traemos los malos y nos conjuran.—Y del Espíritu Santo, prosiguió el padre; apéense, y hablemos.—Aquí empezaron á aparecerse algunos facciosos y alborotados con un Carlos V cada uno en el sombrero por escarapela.

Nada entendia á todo esto el francés del diálogo; pero bien presumia que podia ser negocio de puertas. Apeáronse pues, y no bien hubo visto el francés á los padres interrogadores,—¡Cáspita! dijo en su lengua, que no se como lo dijo, ¡y que incómodo uniforme traen en España las gentes del resguardo, y que sanos están y que bien portados!—Nunca hubiera hablado en su lengua el pobre francés.—¡Contrabando! clamó uno; contrabando, clamó otro, y contrabando fue repitiendose de fila en fila.—Bien como cuando cae una gota de agua en el aceite hirviendo de una sarten puesta á la lumbre, álzase el líquido hervidor, y bulle, y salta, y levanta, llama,

y chilla, y chisporrotea, y cae en el hogar, y alborota la lumbre, y subleva la ceniza, espelúznase el gato inmediato que descansado junto al rescoldo dormía, quémanse los chicos, y la casa es un infierno: así se alborotó, y quemó, y se espeluznó y chilló la retahila de aquel resguardo de nueva especie, compuesto de facciosos y de padres, al caer entre ellos la primera palabra francesa del extranjero desdichado.

—Mejor es ahorcarle, decía uno: y servia el español al francés de truchiman.—¡Como ha de ser, mejor! exclamaba el infeliz.—Conforme, reponia uno; veremos.—¿Que hemos de ver, clamaba otra voz, sino que es francés.

Calmóse en fin la zalagarda, metiéronlos con los equipajes en una casa, y el español creia que soñaba, y que luchaba con una de aquellas pesadillas, en que uno se figura haber caido en poder de osos, ó en el pais de los caballos, ó Houinhoins, como Gulliver.

Figúrese el lector una sala llena de cofres y maletas, provisiones de comer, barriles de escabeche y botellas, repartidas aquí y allí, como suelen verse en las muestras de las lonjas de ultramarinos. Ya se ve: era la intendencia.. Dos monacillos hacian con dos voluntarios facciosos en la antesala el servicio que suelen hacer los porteros de estrado en ciertas casas, y un robusto sacristan, que debia ser el portero de golpe los introdujo. Varios carlistas y padres registraban allí las maletas, que no parecia sino que buscaban pecados por entre los pliegues de las camisas, y otros varios viajeros tan asombrados como los nuestros, se hacian cruces como

si vieran al diablo. Allá en un bufete, un padre mas reverendo que los demas, comenzó á interrogar á los recién llegados.

—¿Quién es V.? le dijo al francés; y el francés callado que no entendia. Pidiósele entonces el pasaporte.

—¡Pues francés! dijo el padre. ¿Quién ha dado este pasaporte?

—S. M. Luis Felipe, rey de los Franceses.

—¿Quién es este Rey? Nosotros no reconocemos á la Francia, ni á ese don Luis. Por consiguiente, este papel no vale. Mire V., añadió entre dientes; si no habrá algun sacerdote en todo Paris que pueda dar un pasaporte, y no que nos vienen con papeles mojados!!!

—¿A que viene V.?

—A estudiar este hermoso pais, contestó el francés con aquella afabilidad tan natural en el que está debajo.

—¿A estudiar? ¿he? Apunte V., secretario: estas gentes vienen á estudiar: me parece que los enviaremos al tribunal de Logroño.

—¿Que trae V. en la maleta? Libros... pues... *Recherches. sur... al sur...* ¿he? este *Recherches* será algun autor de Marina: algun herejote. Vayan los libros á la lumbre. ¿Qué mas? ¡Ah! una partida de relojes; á ver..... *London*.....ese será el nombre del autor. ¿Qué es esto?

—Relojes para un amigo relojero que tengo en Madrid.

—De comiso, dijo el padre, y al decir de comiso, cada circunstante cogió un reloj y metiósele en la faltriquera. Es fama que hubo alguno que

adelantó la hora del suyo para que llegase mas pronto la del refectorio.

—Pero señor, dijo el frances, yo no los traia para V.

—Pues nosotros los tomamos para nosotros.

—¿Está prohibido en España saber la hora que es? preguntó el frances al español.

—Calle, dijo el padre, sino quiere que se le exorcice, y aquí le echó la bendicion por si acaso.

Aturdido estaba el frances, y mas aturdido el español.

Habíanle entre tanto desvalijado á este dos de los facciosos, que con los padres estaban, hasta del bolsillo, con mas de tres mil reales que en él traia.

—¿Y V., señor de acá? le preguntaron de allí á poco ¿que es? quien es?

—Soy español, y me llamo don Juan Fernandez.

—Para servir á Dios, dijo el padre.

—Y á S. M. la Reina nuestra Señora, añadió muy cumplido y satisfecho el español.

—A la cárcel gritó una voz; á la cárcel gritaron mil.

—Pero señor, ¿Por qué?

—¿No sabe V. señor revolucionario que aquí no hay mas Reina que el Sr. Rey don Carlos V, que felizmente gobierna la monarquía sin oposicion ninguna?...

—¡Ah! yo no sabia...

—Pues sépalo, y confiéselo, y...

—Sé y confieso y... dijo el amedrentado, dando diente con diente.

—¿Y qué pasaporte trae? Tambien francés... Re-

pare V. padre secretario, que estos pasaportes traen la fecha del año 1833. ¡Que de prisa han vivido estas gentes!

—¿Pues no es el año en que estamos? ¡pesi á mi! dijo Fernandez, que estaba ya á punto de volverse loco.

—En Vitoria, dijo enfadado el padre dando un porrazo en la mesa, estamos en el año 1.º de la cristiandad, y cuidado con pasarme de aquí.

—¡Santo Dios! en el año 1.º ¿Con que todavía no hemos nacido ninguno de los que aquí estamos? exclamó para sí el español. ¡Pues vive Dios que esto vá largo!— Aquí se acabó de convencer así como el francés de que se habia vuelto loco, y lloraba el hombre y andaba pidiendo su juicio á todos los santos del Paraiso.

Tuvieron su club secreto los facciosos y los padres, y decidiéronse por dejar pasar á los viajeros: no dice la historia por qué; pero se susurra que hubo quien dijo, que si bien ellos no reconocian á Luis Felipe, ni le reconocerian nunca, podria ocurrir que quisiera Luis Felipe venir á reconocerlos á ellos, y por quitarse de encima la molestia de esta visita, dijeron que pasasen, mas no con sus pasaportes que eran nulos evidentemente por las razones dichas.

Díjoles pues el que hacia cabeza sin tenerla: supuesto que vds. van á la revolucionaria villa de Madrid, la cual se ha sublevado contra Alava, vayan en buen hora, y cárguenlo sobre su conciencia. El Gobierno de esta gran nacion no quiere detener á nadie; pero les daremos pasaportes válidos: estendióseles en seguida un pasaporte en la forma siguiente:

MAHON: En la Imprenta de Serra.



AÑO PRIMERO DE LA CRISTIANDAD.

NOS FR. PEDRO GIMENEZ VACA.

Concedo libre y seguro pasaporte á D. Juan Fernandez, de profesion católico, apostólico y romano, que pasa á la villa revolucionaria de Madrid á diligencias propias: deja asegurada su conducta de catolicismo.

—Yo, ademas, que soy padre intendente halilitado por la Junta suprema de Vitoria en nombre de S. M. el Emperador Cárlos V., y el padre administrador de Correos que está ahí aguardando el correo de Madrid, para despacharlo á su modo, y el padre capitán del Resguardo y el padre Gobierno que está allí durmiendo en aquel rincon, por quitarnos de quebraderos de cabeza con la Francia, quedamos fiadores de la conducta de catolicismo de Vds.; y como no somos capaces de robar á nadie, tome V., Sr. Fernandez, sus tres mil reales, en esas doce onzas, que es cuenta cabal, y se las dió el padre efectivamente.

Tomó Fernandez las doce onzas y no estrañó que en un pais donde cada 1833 años no hacen mas que un año, 12 onzas hagan 3000 rs.

Dicho esto y hecha la despedida en regla del padre Prior y del desgobernador Gobierno que dormia, llegó la mala de Francia, y en espurgar la pública correspondencia y en hacernos el favor de leer por nosotros nuestras cartas, quedaba aquella nacion poderosa y monástica ocupada á la salida de entrambos viajeros que hácia Madrid se venian, no acabando de comprender si estaban real y efectivamente en este mundo, ó si habian muerto en la última posada sin haberlo hechado de ver; que asi lo contaron llegando a la revolucionaria villa de Madrid, añadiendo que por allí *nadie pasa sin hablar al Portero.*

NOTICIAS DEL PAIS.

Aviso. = El sabado dia 23 del corriente saldrá para Barcelona el Javeque esp. Neptuno, al mando del capitan Francisco Sabater, admite cargo y pasajeros, para el ajuste se conferirán con dicho capitan.

CON REAL PRIVILEGIO.

MAHON: = En la Imprenta de Serra.